



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 18809

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

VIERNES 22 DE JULIO DE 1904

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin 6; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



## LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS  
AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL  
37 AÑOS DE EXISTENCIA  
SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.  
Dirección en Cartagena: VUEDA DE SORO Y COMPANIA Caballos 15

## ¿Qué será?

Circula la noticia de que pueden ocurrir disgustos internacionales con motivo de la guerra del Extremo Oriente, ó aprovechando ese estado de lucha en que están Rusia y el Japon.

¿Qué será?

Disgustos ya se van dibujando; y si el gobierno moscovita no se reprime un poco, va á entrar en dimes y direles con todas las cancellerías europeas.

Con Alemania ya ha tenido un tropiezo; un buque de la flota voluntaria ha detenido á otro alemán tomándole una parte de la correspondencia. Con Inglaterra le ha pasado lo mismo; dos buques ingleses han sido detenidos en su marcha, causándoles el perjuicio consiguiente, y contra esa conducta ha reclamado el gobierno británico.

Comprendemos el disgusto del gobierno del Czar: Las desgracias de Rusia favorecen á la Gran Bretaña y en tanto aquella vaya gastando fuerzas y perdiendo sangre se sentirá la otra más llena de vida.

Seguramente todo daño sobrevenido á Rusia repercute en la doble alianza; y si el daño aumenta y el crédito se pierde, aunque sea temporal la pérdida, la alianza sufrirá rudo golpe en tanto no se reponga Rusia de sus daños. ¿Será por eso por lo que se dice que intenta

Francia aconsejar la paz á Rusia?

Tal vez; mas ¿de qué modo? Ciertó que será un duro golpe para los moscovitas ver á los japoneses entrar en Puerto Arturo; pero ¿ha de aceptar esa pérdida como definitiva un pueblo que dispone de tantos recursos? Lo creemos imposible.

¿Pedir Rusia la paz? Pensarlo nos parece locura.

Podrán aconsejarlo los franceses en nombre de altas conveniencias; pero ¿qué explicación se daría al pueblo ruso á quien se viene predicando paciencia y la ha tenido sólo por que espera que el tiempo le dara la victoria?

Tanta ha tenido que no debe quedarle ninguna y sería dado á graves contingencias de dejarlo vencido en la campaña.

¿Quién pagará los gastos de ésta? ¿Pagará Rusia indemnización á los nipones ó se conformarían éstos con el honor de haber vencido? Lo primero, imposible; cualquiera que sea nuestra creencia sobre el resultado final, y nuestras simpatías, no creeremos nunca que Rusia pague nada al Japon. Lo segundo es mas facil; pero el Imperio del Sol Naciente sin cobrar los gastos de la guerra, es nación arruinada para varios años, para todos cuantos le hagan falta á Rusia á fin repouerse y volver á empezar.

Si como el rumor asegura—rumor diplomático puesto que á la diplomacia pertenecen los que le han dado vida y desarrollo—la

gestión de Francia se encamina á evitar á su amiga una derrota en Puerto Arturo, por el mal efecto que eso produciría, y si como creemos nosotros Rusia no ha de dar al Japon cantidad alguna por gastos de guerra ¿qué finalidad habra tenido ésta para ninguna de las dos naciones que se disputan la Manchuria?

Para el Japon ninguna, porque no pasando á sus manos Puerto Arturo quedara en pie el motivo de la guerra.

Sera verdad el rumor, pero hay tantas verdades que no se realizan, que será una más la del intento de pacificación de la contienda del Extremo Oriente.

Juegan allí factores que es imposible someter.

¿Quién le dice al Japon, que hasta ahora se considera victorioso, que se retire con el honor del vencimiento?

¿Quién le dice á Rusia que pida la paz?

## Desde Madrid

Señor Director.

Muy señor mío: Madrid va tomando el aspecto triste de los hogares vacíos. Los próceres, los burgueses, los que cuentan con algo que les permita pasar el verano alejados de este pueblo, se van hacia el Norte buscando el fresco regalo de un clima más apacible, y aquí quedan los éternos luchadores que se disputan el pan de cada día, la disimulada miseria, triste como ninguna, de los hombres de la clase media, ejército de obreros que sienten apuros de vida queparados por los padrones, al pie de los hornos de fragua, ó enterrados en las galerías del alcantarillado, y legiones de mendigos, de todos sexos y edades, que recorren hambrientos las calles de Madrid, pronunciando su eterna súplica, cantando su vaga salmodia interminable.

Es una imploración desesperada y triste que hace el hambre de los unos y la indiferencia de los demás.

Los éternos vencidos, los huérfanos de paz y de ventura, los fatalmente alejados

de los felices, lloran solos su desvalimiento y en infortunios, luchando cara al sol para conseguir un jornal mezquino. Y es amargamente irrisorio ver que hay quienes protestan contra estos obreros, porque algunos tratan de sumar unos céntimos á sus haberes.

Leo, á este propósito, una noticia en un gran diario de la mañana, que lleva á mi espíritu una ráfaga de tristeza, y á mis nervios una sacudida de dolor.

«Los aguadores—viene á decir la noticia,—valiéndose de que las aguas de Lozoya están muy turbias estos días, pretenden cobrar á los vecinos de Madrid cuatro pesetas al mes por una cuba diaria.»

Y el periódico de la mañana parece escandalizado contra el abuso de los aguadores, porque con este sol que agota y quema, que acaricia brutal y rinde voluntades y músculos, cobra ya trece céntimos sus servicios!

Hay profesiones que yo admiro en este tiempo.

El hambre improvisa más héroes que la guerra.

Y así me admira, por ejemplo, ver en estas tardes de canícula, como á lo largo de las canchales trabajan los picapedreros, machacando monótonamente las grandes piedras con los pesados martillos, jadeantes los pechos, vendidos los brazos, y martirizadas sus carnes por otro golpe más poderoso, el martillazo del sol sobre las sienes...

Entre tantas miserias que compadecer, entre tantas injusticias que censurar, hay algo, sin embargo, que aplaudir. Y este algo es, que en Madrid nunca faltan quienes trabajan por engrandecerle y civilizarle, y el comercio sigue su progresivo y extraordinario perfeccionamiento, y las industrias su marcha provechosa y regeneradora.

Lo he repetido hasta la saciedad: Madrid es un pueblo de vida propia y orientaciones modernas.

Los cafés están vacíos; los paseos solos; tristes las calles; los teatros, en su mayoría, sin público.

En vano quieren atraerle pregonando éxitos: son los teatros en estos días, como esas barracas de feria en las que un chilquillo vestido de diablo, sonando un enorme tambor y grandes platillos, se desgañita pregonando á real la entrada para ver al héroe de los brazos de hierro, á la mujer eléctrica ó al indio de tres cabezas, mientras los escasos transeúntes pasan in-

diferentes, pausados, encogidos de hombros frente á la barraca, y dentro bateza el hércules de los brazos de hierro, se aburre la mujer eléctrica, ó se duerme el indio de las tres cabezas.

El calor quita humor para todo á los madrileños, y á mí para seguir esta carta que va siendo demasiado larga.

Con que aquí corto y hasta mi próxima quedo de usted afectísimo seguro servidor q. b. s. m.

García-Fernández

## La Antraconosis de la vid

Esta enfermedad se presenta en la vid bajo tres formas distintas. La Antraconosis mancha ó en forma de manchas, producida por el «spatoloma ampelini», (hongo poco conocido), produce sobre los órganos lesiones caracterizadas por la destrucción de tejidos.

Aparece en las nuevas ramas verdes en forma de manchas aisladas, de color claro al principio, pero más tarde se oscurecen convirtiéndose en negras.

En el tallo la mancha producida se extiende tomando distintas formas, con el centro rojizo y los bordes pardos.

La corteza se presenta rugosa. Si la enfermedad continúa su desarrollo, llega un momento en que el tallo aparece como carbonizado.

Todos los órganos que dependen de estas ramas, como son las hojas y los frutos no pueden adquirir un desarrollo normal. Cuando la Antraconosis ataca á las hojas, los peciolo y los nervios presentan manchas rojizas.

La hoja aparece llena de manchas negras, y de agujeritos rodeados de una aureola negra.

Las flores pueden ser igualmente atacadas.

Los racimos presentan corroides sus granos por esta enfermedad.

La Antraconosis punteada es otra de las formas ó variedades; invade las plantas produciendo puntos parduzcos, que ocasionan la caída prematura de la corteza.

Estas puntuaciones se reúnen formando placas, ennegreciendo la superficie de los sarmientos.

Las alteraciones más graves se producen en las flores, que aparecen como carbonizadas.

En los frutos forma puntos consistentes poco numerosos.

Yo quisiera salir á recibirle á la frontera. Ann me permitiréis antes de donoir que os reitera mi agradecimiento por tantos beneficios como nos habeis dispensado.

«¡Voy á leer ahora lo que dice este buen padre á su hijo... Casi lo podía decir sin leerlo.»

«Papá, la carta de la señorita D'Arnay primero, si os parece, que comprendía el remedio empleado por Dietrich.»

«Oyela, hija mía.»

«Señor: recibí á la par vuestra carta y la del coronel Jorge Castelnao. No tengo necesidad de decirlos cuánto os estoy agradecida: vuestro gran corazón os lo dirá mejor cuánto yo pudiera enozercelo. Yo no puedo servir á Jorge para nada porque apenas me queda un año de vida. Decid de mi parte á la señorita vuestra hija, que el corazón de Jorge es un tesoro, y que no hay mujer en la tierra que no debiera envanecerse de haberle inspirado afecto. Que sea mi hermana durante los pocos días que me quedan de vida; que haga á Jorge dichoso, y nada tendrá que envidiar á nadie.»

«Adjunta es la copia de la carta que le escribo á él, y os ruego acepteis la expresión de todo mi agradecimiento.»

—Nada habeis hecho que no sea bueno y digno, papá.

No quiera Vd. que me dore la impaciencia.

Dietrich rompió el sobre de la primera carta y decía así:

«Señor: os damos un millón de gracias, nosotros, dos pobres ancianos desvalidos, por haber libertado á nuestro hijo del cautiverio ruso.»

«Tal favor no puede pagarse sino con el corazón, y el nuestro no es ingrato: no sé si podremos algún día demostraros nuestra gratitud, pero yo he creído que no podía hacer nada mejor que poner en ejecución los deseos expresados en vuestra carta.»

—¿Con que le habeis escrito, papá?

—Sí, eso era lo que quería explicaros.

Continuó.

«He remitido la carta que me inclináis á la señorita D'Arnay, sin otro comentario que la frase que me indicabais: la he remitido bajo el mismo sobre la carta de Jorge, y la adjunta es copia de la carta que escribo á mi querido hijo.»

«Permitidme, señor, pedir os otro favor, que nos digais la época en que podremos verle.»

«La desconsolada madre le abraza y le bendice así como á la nueva hija que Dios la envía.»

Un mes después de los sucesos que acabamos de referir, nos encontramos en Dresde en la fonda del «Agnila negra.»

Dietrich y el doctor Fritz están en una salita del piso bajo con la inquietud y el desaliento pintados en su semblante. Fritz, particularmente, parecía anonadado.

«Decidme, doctor, en vuestra alma y conciencia lo que pensais: esclamaba el anciano, porque esta incertidumbre es insoportable y me mata.»

«Mi venerable amigo, nada puedo decir, porque nada sé, yo no me tengo por sabio, pero he adquirido una triste experiencia en esta clase de heridas.»

No ha interesado la baja ningún órgano esencial, la he extraído con bastante facilidad y los accidentes graves que temia no se han presentado; pero, no puedo explicar esta atonía ni esta postración letárgica que reparo en nuestro pobre coronel.

«¿Habrá derrame al interior, y esta atonía no me indicaría más que el trabajo de reabsorción?» añadió el doctor hablando así mismo.

«Escuchadme, Fritz, es preciso que le salveis. La mitad de lo que tengo es vuestro si me lo volveis á la vida.»